

Un Arca de Noé flotando en la bahía santanderina

CANTOS DE PAJAROS EN EL MAR

Los habituales paseantes de los muelles—Indianos—que contemplan la llegada de los trasatlánticos avivadores de nostalgias, gentes que buscan distracción en el espectáculo multicolor y vario de la carga y descarga de las mercancías, y a la caída de la tarde, sacerdotes y damas enlutadas que huyen del apresurado vivir de la ciudad—se han visto muchas veces sorprendidos por un extraño concierto de cantos de pájaros, que parecía surgir de las aguas quietas de la bahía; cantos de alondras en las mañanitas templadas; cantos de jilgueros, verderones y pardillos, reclamos de perdiz en celo, silbos de malvíses, gritos burlescos del sinsonte americano, y en las noches de primavera, cantos de ruiseñores como en las riberas sevillanas del Guadalquivir.

Y este extraño y encantador concierto que los paseantes de las máquinas se detienen a escuchar, se repite con alguna frecuencia en los muelles de Santander; siempre que se halla atracado a ellos el «Cabo Ortegal».

UNA VIEJA ESTAMPA DE MARINO

El «Cabo Ortegal» es un buen buque mercante de la Compañía Ibarra, de Bilbao, que ha mojado su quilla en las aguas de todos los mares del mundo. Pero ello no le distinguiría de otros muchos buques españoles si no lo mandase el capitán don Juan Rousse, que parece escapado de una vieja estampa naval; alto, fuerte, de rostro sanguíneo que enmarca una barba cenicienta y fuerte. Aun viéndole en tierra, lejos de la costa, nadie dudaría de su profesión de marino, que denuncian su rostro atezado curtido por la brisa, su mirada penetrante y como perdida en la lejanía, su paso firme.

El señor Rousse es uno de esos bravos marinos vascos, recios de cuerpo y de espíritu, que forman una raza de grandes navegantes arrastrados desde los años mozos por la atracción irresistible del mar.

El capitán Rousse, que manda barco desde hace veinticuatro años—siempre algún «Cabo» de la misma Compañía que el «Ortegal»—, tiene una decidida vocación marina, pero al mismo tiempo una afición irresistible que le ata a tierra: la afición a los pájaros cantores. En sus navegaciones, más que el recuerdo de las muchachas vistas en los puertos, más que los espectáculos con que entretienen sus ocios los hombres de tierra, vive en el capitán Rousse el recuerdo de un verderón o un jilguero, a los que oyó cantar, enjaulados o en libertad, un tanto atormentado por su vehemente deseo de poseerlos.

EL «CABO ORTEGAL», NUEVA ARCA DE NOÉ

Estos dos rumbos de sus aficiones los ha hermanado el capitán Rousse haciéndolos coincidir en el mismo cuadrante de su vida: navegar constantemente—tres cuartas partes de su existencia de mar y una de tierra, análoga división que el globo terráqueo—; navegar, pero acompañado de sus pájaros cantores, únicos habitantes interesantes de la tierra firme.

Y así, el «Cabo Ortegal» ha quedado convertido en nueva arca de Noé, origen de esos conciertos que llaman la atención de los paseantes de las máquinas.

La curiosidad nos ha hecho pasar la planchada que une el barco al muelle y subir la escalerilla del puente del «Cabo Ortegal».

El puente bajo y el de mando ofrecen al visitante un bello espectáculo. Por todos lados, en lindas jaulas de

enrejado de mimbre, revolotean plumajes de todos los colores del espectro, y un vario concierto de cantos saluda al visitante antes que la voz varonil del capitán Rousse le dé la bienvenida.

Repartidos entre el puente alto y el bajo ha habido ocasiones en que se han reunido hasta doscientos setenta pájaros cantores, exquisitamente elegidos, divos alados entre los que no es admitida ninguna vulgaridad. Parte del puente bajo estuvo convertido alguna vez en huerta y jardín, en el que vivían en relativa libertad cuarenta y tres perdices.

Ahora la colección no es tan numerosa, pero todos los ejemplares que la forman son de excepción. El capitán Rousse va mostrándonos su colección valiosa. Tres magníficos sinsontes de plumaje gris perla de suprema elegancia nos saludan con su canto poliforme, en el que entran imitaciones de los más varios sonidos, cantos que parecen tener un oculto sentido humorístico, de burla—pájaros burlescos los llaman en Norteamérica—, y su voz potentísima llena todo el puente cerrado y salta a cubierta y a los muelles.

Un mirlo vestido de luto remoja y abrillanta sus plumas en el baño y un ruiseñor japonés de plumaje multicolor y extraño salta incesantemente y parece arrancado a una de esas pinturas exóticas de biombo o de kimono que se distinguen por la elegancia de la línea y la luminosidad y pureza del color. Su pico cilíndrico, de un rojo vivo, picotea en los mimbres de su prisión; una codorniz lanza su canto tartamudo, y dos ruiseñores españoles esperan a la primavera y a la noche para lanzar su encendido canto de celo. Numerosas jaulas encierran jilgueros de variado e inspirado canto, pardillos o verderones, cantores populares e inspirados de la grey alada, malvíses y mixtos de canario con pardillo, verderón o jilguero.

Arriba, en el puente de mando, una magnífica colección de calandrias o alondras—la denominación cambia según las regiones—ganan la solicitud del marino-ornitólogo con el regalo de su canto.

CANARIOS, NUNCA; ECHAN A PERDER A LOS DEMÁS PAJAROS

Nuestra ignorancia en el arte de la pajarería nos hace formular una pregunta nefanda:

—¿No tiene usted canarios?

—Nunca!—replica rápido el capi-

tán Rousse—. Los canarios no saben cantar y, además, echan a perder a todos los demás pájaros. Adulteran su canto. Un sólo pájaro que cante mal contagia a todos los que le oyen. A los pájaros, como a los hombres, les cuesta aprender lo bueno, pero lo malo se lo apropián enseguida.

—Y el canto del canario es malo?— preguntamos—. ¡Cantan mal los canarios timbre y los canarios flauta!

—Su canto es artificioso y monótono.

Y el capitán Rousse nos da una sabia lección de cantos de pájaros. El mérito en éstos es conservar puro el canto libre, algo como si dijésemos el folk-lore de la especie, el canto popular sin adulteraciones eruditas. Porque cada especie de pájaro tiene sus notas y modalidades especiales, y cuando aprende las que corresponden a otra especie su canto se adultera y pierde mérito. Una sola nota falsa es suficiente para que el pájaro viciado deje de pertenecer a la magnífica compañía de dios del «Cabo Ortegal».

Los canarios son un producto degenerado de la civilización y de la esclavitud. Las generaciones se suceden sin sentir de la jaula. Los canarios nacen, viven, aman y mueren en la esclavitud, y en ella han perdido su propio lenguaje, el canto de los pájaros libres.

UN CONCIERTO DE GRILLOS EN EL ATLANTICO

El amor panteísta del bizarro marino no se circunscribe al horizonte amplio de los pájaros cantores. El capitán Rousse, que es un formidable cazador, tiene en su caserío vasco perros para que le acompañen en sus excursiones cinegéticas en esa cuarta parte de su vida pasada en tierra firme. Quizá en los cantos le sus huéspedes enjaulados busca tan sólo una evocación de las horas pasadas en el campo por matorrales y riscos persiguiendo a las piezas. Hay una anécdota de su vida que nos induce a creerlo.

En un viaje, una larga travesía del Atlántico, llevó centenares de grillos de todo el litoral de España; grillos de los campos andaluces, que sólo hacen vibrar sus élitros por la noche; grillos del Norte, que no cesan en su llamada impaciente a la hembra lo mismo cuando alumbró el sol que cuando reina la luna. Repartió los grillos por todo el buque en unión de unas hojas de lechuga y llenó de ellos los botes salvavidas.

Los peces y las aves marinas que

atravesaban el Océano quedaron prendidos por un extraño concierto de grillos resonando en la inmensidad Atlántico.

CUANDO SE PAGA POR GORRIÓN 50 DUROS

En la conversación con don J. M. Rousse, larga charla que no fatiga porque está llena de datos interesantes y curiosos, nuestro interlocutor apunta un dato pintoresco a nosotros—profanos integrales—asombra.

—En Andalucía, en Málaga y en todo, los gorriónes llegan a precios precios importantes. Con frecuencia pagan cincuenta duros por un macho de gorrión.

—Imposible! ¡Un pájaro que abunda tanto! ¡Que no canta!

—Quiénes pagan esos precios por gorrión no lo hacen por amor al verso sino con fines industriales. En los meses de octubre y noviembre, que cuando se pagan precios altos por reclamos de gorrión, pasan por Andalucía enormes bandos, cuya captura con red se procura por medio de tramos. Es un buen negocio. Millares de pájaros pasan a las durías. Un buen reclamo de gorrión puede suponer un excelente negocio. Pero el caso es que precisamente los dos meses citados los pájaros están de muda y no cantan, por lo que no sirven para reclamo.

De un modo artificial y difícil pajareros adelantan la muda de gorriónes machos para conseguir que se hallen en celo precisamente en esos meses, en los cuales pasan muchos gorriónes en vuelo migratorio.

¡Ahora todo se explica!

LOS PAJAROS MIXTOS

El cruce de pájaros de distintas especies cantoras produce seres híbridos incapaces de reproducirse a su vez, pero que suelen resultar excelentes cantores.

Las hembras de los pájaros libres—jilguero, verderón y pardillo—crian en cautividad. Cayeron en las trampas de los hombres, perdiendo bien supremo de la libertad, y no quieren tener hijos esclavos. Los niños de los pájaros libres no cuelgan en las ramas de una jaula, sino en las ramas de los árboles, sin otro límite al vuelo de los recién nacidos que la fortaleza de sus alas.

La canaria, sí. Adaptada a la esclavitud, no sólo desconoce la dignidad de vivir libre, sino que en su degeneración llega a aceptar por buenos a los pañeros de distinta especie, en una promiscuidad que las hembras de pardillos, verderones y jilgueros, fieles a su raza, no aceptan. Es posible, por obtener mixtos resultantes del cruce con canaria, y de estos «mixtos» el capitán Rousse hermosos ejemplares.

Pero aquí nuestra ignorancia nos da otro rudo golpe. Siempre habíamos creído que la suprema aspiración de estos cruces era lograr mixtos que pasaran como canarios. Ahora el capitán Rousse nos advierte del error.

—Nunca. Yo no quiero ningún mixto que no haya heredado en toda su pureza el canto del padre. Basta que le oiga una sola nota de canario para que lo regale o lo suelte. Yo no quiero servir más que los mixtos de absoluta pureza de canto.

El apellido del padre es el que se pasa a los hijos.

UN ACOMPAÑAMIENTO EXTRAÑO

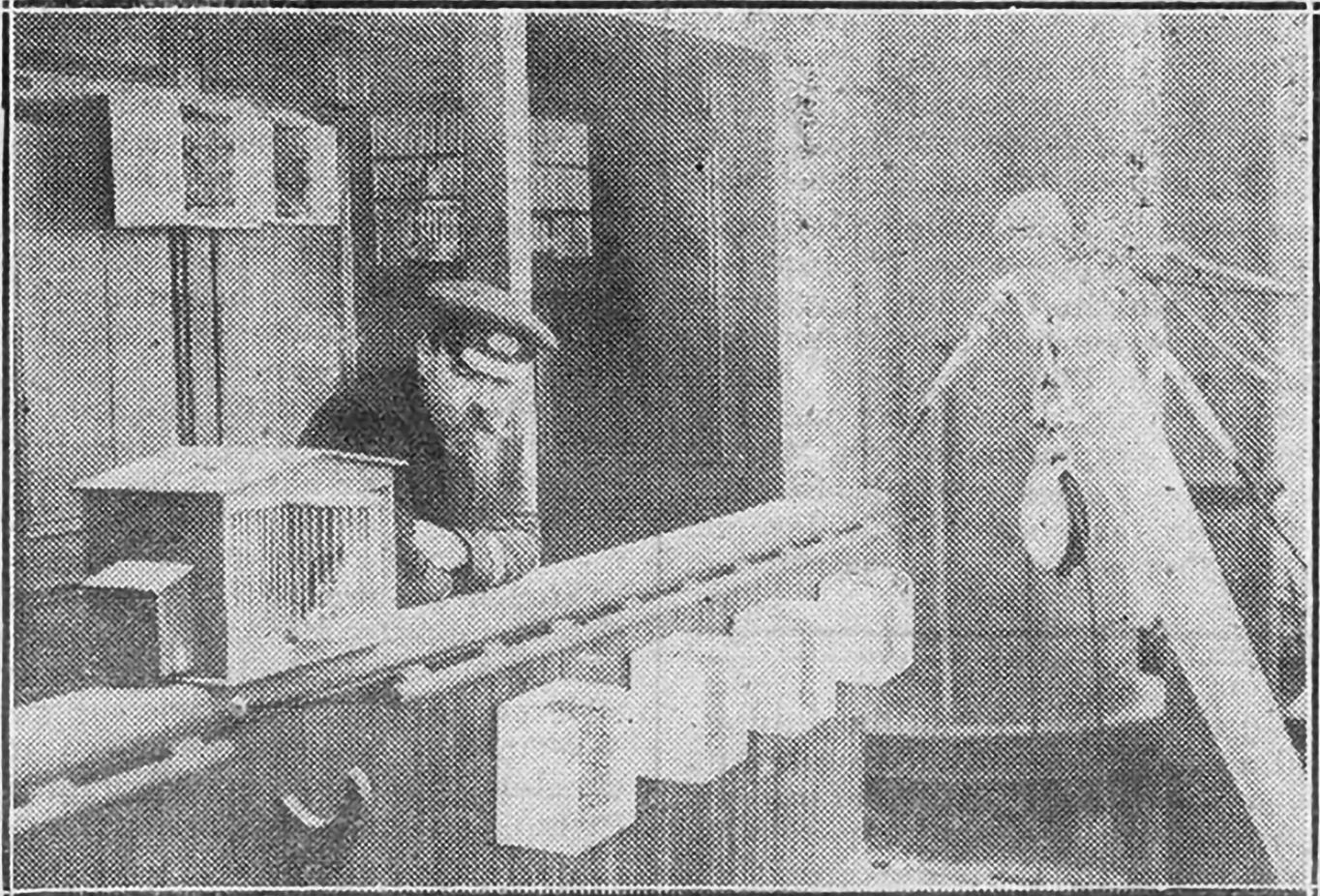
El «Cabo Ortegal» está ultimando la carga para zarpar a la noche. Las maquinillas de las grúas, las voces de los hombres, el choque de los faros al caer a las bodegas, forman un conjunto de ruidos estrofas a la industria al comercio; un acompañamiento extraño del canto armonioso de los pájaros.

Cuando el buque navegue en el mar libre seguirá sonando el canto de los pájaros y al capitán Rousse le parecerán voces que le hablan desde la tierra lejana.



El capitán del «Cabo Ortegal» muestra a nuestro compañero Enrique del Río un ruiseñor japonés de plumaje multicolor que parece escapado de un kimono.

(Foto Alejandro.)



Don Juan Rousse, el capitán del "Cabo Ortegal", apoyado en la baranda del puente, escucha a un malvis de maravilloso canto que forma parte de su colección ornitológica. (Véase información en última plana.) Foto Alejandro.